

Franco Berardi Bifo

GENERACIÓN POST-ALFA

Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo

Franco Berardi Bifo

GENERACIÓN POST-ALFA

Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo

Traducción

Diego Picotto

Emilio Sadier

Ezequiel Gatto

Manuel Aguilar

Patricia Amigot

Hibai Arbide Aza

María Sirera Conca

Manuel Aguilar Hendrickson

COLECCIÓN
NOCIONES
COMUNES



tinta
limón

·EDICIONES·

Bifo

Generación Post-Alfa : patologías e imaginarios en el semiocapitalismo.

- 1a ed. - Buenos Aires : Tinta Limón, 2007.

264 p. ; 20x14 cm. - (Nociones comunes; 8)

ISBN 978-987-23140-4-0

I. Filosofía Política. I. Título

CDD 320.1

1ª reimpresión: abril 2010

Este es un título original elaborado por Tinta Limón
Ediciones

Traducción del italiano: Patricia Amigot; Manuel Aguilar;
Ezequiel Gatto; Diego Picotto; Emilio Sadier; Hiba Arbide
Aza; Manuel Aguilar Hendrickson; María Sirera Conca.

Corrección: Graciela Daleo

Diseño: Cucho Fernández



Atribución-No Comercial-Sin Obras Derivadas 2.5 Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

www.tintalimon.com.ar

Índice

Diálogo Franco Berardi - Colectivo Situaciones	7
Introducción: Bifurcaciones	23
<i>Primera bifurcación: Utopía/Premonición disutópica</i>	
El año en que el futuro se acabó	35
¿Qué significa autonomía hoy?	57
<i>Segunda bifurcación: Conectividad/Precarización</i>	
Generación post-alfabética	73
Infotrabajo y precarización	89
<i>Tercera bifurcación: Semiocapital/Splattercapital</i>	
Trabajo cognitivo y capital recombinante	107
Splatterkapitalismus	119
<i>Cuarta bifurcación: Mutación</i>	
Lo incalculable	133
Puritanismo y virtualización	141
<i>Quinta bifurcación: Infósfera</i>	
Alice y Lenin	159
Infósfera y mente social	175
Mediamutación. Cultura de los medios y crisis de los valores humanistas	181
<i>Sexta bifurcación: Psicósfera</i>	
Caída tendencial de la tasa de placer	197
Patologías de la hiper-expresión	211
La epidemia depresiva. Una lectura de Cho	225
El lado oscuro de la belleza	239
<i>Última bifurcación: A modo de epílogo</i>	
La última bifurcación	251

Segunda bifurcación
Conectividad/Precaización

Violencia en las escuelas

“GUN RULE”¹ titulaba un diario popular londinense la mañana del 15 febrero de 2007. Un joven de 15 años había sido encontrado muerto en East London, asesinado, según dicen los investigadores, por sus compañeros de escuela. Se trata de la tercera víctima adolescente de una guerra de pandillas que se desarrolla desde hace un tiempo en las escuelas de la metrópolis inglesa.

También en Italia la violencia en las escuelas es un argumento que llama la atención cada vez con mayor frecuencia. Un muchacho se quitó los pantalones delante de la profesora y las imágenes de la proeza aparecen en Internet al día siguiente. Alguien filmó una escena de agresión a un joven incapaz de defenderse y las subió para mostrarlas en *You tube*. Los profesores al borde del colapso nervioso reaccionan con amenazas o con acciones al límite de la violencia.

En París, desde que las periferias explotaron en noviembre de 2005, la cuestión de las escuelas ingobernables está situada en el centro de la atención, al punto de que el orden en el sistema educativo

1. Como “la ley de las armas” podría traducirse este juego de palabras. (N. de E.)

—que en un tiempo fue la jactancia de la República— se ha vuelto uno de los argumentos fuertes de la campaña electoral que ha llevado a Sarkozy a la victoria.

La transmisión intergeneracional aparece inestable cuando entran en escena las generaciones post-alfabéticas que McLuhan, ya en 1964, había visto emerger como efecto de los medios electrónicos.

Los profesores de todos los países occidentales denuncian un verdadero colapso del sistema de enseñanza. Según la derecha la culpa de este colapso es de los profesores de izquierda que han eliminado de las escuelas su aspecto austero. La laxitud, el exceso de tolerancia, la libertad con que se permite a los estudiantes hacer lo que quieran provoca estos cambios. Se precisa orden, es necesario el respeto riguroso de la ley y de la autoridad, resulta inminente restaurar los valores ligados a la institución, al poder.

Alain Finkielkraut, autor de libros importantes como *La défaite de la pensée*,² ha hecho de la crisis de la escuela pública una cuestión central del debate político, poniéndose en sintonía con la vocación de orden de la derecha sarkoziana.

En una entrevista realizada en el otoño de 2005, mientras en la *banlieux* (periferia francesa) se extendía la revuelta, Finkielkraut expresaba una posición contundente sobre la cuestión de la disciplina en los colegios:

“Yo conozco la escuela republicana, la he estudiado. Era una institución con exigencias rigurosas, un lugar austero que había construido altos muros para protegerse del ruido externo. Treinta años de reformas estúpidas han cambiado el paisaje. La escuela republicana fue sustituida por una comunidad educativa que es horizontal y no vertical. Así ha descendido el nivel de los programas escolares, el ruido externo ha entrado, la sociedad ha inundado la escuela. Pero lo que vemos hoy es la derrota de esta escuela que quiere ser simpática. Y este modelo se alimenta de sus fracasos. Lo que

2. Finkielkraut, Alain, *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 2004.

debemos exigir, por el contrario, es una mayor severidad y estándares más eficaces”.

Sería superficial burlarse del tono autoritario y tradicionalista con que Finkielkraut habla de la cuestión escolar. Sería frívolo rechazar su postura como si fuese sólo la patética conversión al autoritarismo de un intelectual que participó largamente de las luchas antiautoritarias de los estudiantes. La violencia que estalla en las escuelas europeas en la época de *You tube* no tiene mucho que ver con la insubordinación antiautoritaria de los años 60 y 70. Lo que Finkielkraut señala es un problema verdadero.

Sin embargo, al mismo tiempo es ingenuo pensar, como Finkielkraut, que la agresividad adolescente se debe a la disminución de la autoridad y de las jerarquías. La voluntad política y legislativa no viene aquí a cuenta. Una causa –muy parcial– la encontramos a lo sumo en las condiciones sociales de las grandes periferias, en el empobrecimiento material de la escuela debido a la reducción de las partidas presupuestarias públicas. No obstante, esta respuesta no logra aprehender el núcleo más profundo del problema. En efecto, la geografía de la violencia no se traza según las líneas de la diferencia social. La agresividad, la irritación y la violencia se difunden de modo más o menos parejo en los diversos ámbitos de la sociedad, involucra a jóvenes provenientes de las clases pobres pero también a los que provienen de las clases acomodadas.

El ADD, disturbo preadolescente de la atención, que se viene diagnosticando cada vez con mayor frecuencia, golpea tanto a los jóvenes de familias pobres como a los de familias ricas. Pero, ¿qué es efectivamente este disturbo de la atención? Más que una enfermedad es el intento de adaptación del organismo sensible y consciente de un niño a un ambiente en el cual el contacto afectivo ha sido sustituido por flujos de información veloces y agresivos.

Las raíces de la devastación psíquica que golpea a las generaciones post-alfabéticas se encuentran en el enrarecimiento del contacto corpóreo y afectivo, en la modificación horrorosa del ambiente comunicativo, en la aceleración de los estímulos a los que la mente es

sometida. Los educadores que viven en contacto con los niños de las escuelas primarias testimonian sobre un disturbio en sus capacidades de socialización. Cuando establecen contacto entre ellos, cuando pueden tocarse, conocerse y jugar, los niños de esta generación tienden, antes que nada, a agredirse. No conocen ya los modos de acariciarse y muerden una oreja. Ninguna decisión política, ninguna restauración del autoritarismo escolar podrá modificar la situación de los chicos que han crecido en un ambiente donde el aprendizaje del lenguaje ha quedado escindido del contacto físico con el cuerpo de la madre.

Nota sobre el concepto de generación

Siempre he desconfiado del concepto de generación. El concepto de clases sociales define mucho mejor los procesos de identificación y los conflictos, los intereses y las perspectivas políticas. Las clases sociales no coinciden con las generaciones. Las líneas de formación de la conciencia de una clase social pasan por procesos de producción y distribución de la renta más que por las pertenencias generacionales.

En la época industrial la sucesión generacional tenía un carácter marginal: no podía determinar efectos de radical diferenciación, ni podía influir en formas de conciencia y de identificación política significativa. Hasta que la subjetividad política se formaba en el interior de la división social del trabajo, la generación era sólo un concepto sociológico, biologizante, inadecuado para definir las características históricas de la conciencia.

Pero la transformación post-industrial trastocó los términos del problema. No puede decirse que se hayan disuelto las estratificaciones sociales y económicas: en la sociedad post-industrial las clases sociales también son una realidad objetiva, pero ya no parecen estar en condiciones de producir efectos de identificación decisiva en el plano de la conciencia. La fragmentación y la precarización de los procesos productivos ha vuelto sumamente frágil las identidades sociales, la presencia del otro se ha vuelto discontinua, incómoda, competitiva. Las agregaciones productivas se disuelven rápidamente,

se desplazan de manera continua y esto fragiliza la comunidad y pulveriza la memoria colectiva.

La identificación se vuelve imaginaria, la conciencia vectorial. No es importante lo que somos sino lo que pensamos que podemos ser mañana.

La conciencia, que para Marx es un producto del ser social, para nosotros hoy es sobre todo un producto del imaginario social.

Y para poder comprender la modalidad de formación del imaginario, las expectativas del mundo, las grillas cognitivas, es oportuno referirse al ambiente de formación técnico y comunicacional en el que un grupo social se forma. Con el concepto de generación hago referencia a un conjunto humano que comparte un ambiente de formación tecnológico y, en consecuencia, también un sistema cognitivo así como un mundo imaginario.

En las épocas de la modernidad que han quedado atrás este ambiente técnico-cultural cambiaba lentamente con el transcurrir del tiempo. Pasaban décadas o quizá siglos para que las personas se habituasen a usar una técnica que pudiera modificar las formas de pensamiento y las modalidades de acercamiento a la realidad. Pero cuando las tecnologías alfabéticas dieron paso a las tecnologías digitales, las modalidades de aprendizaje, memorización e intercambio lingüístico se modificaron rápidamente, incluso en el marco de una sola generación. El espesor formativo de la pertenencia generacional se convirtió en decisivo. Y los mundos generacionales comenzaron a constituirse como conjuntos cerrados, inaccesibles, incommunicables, no por motivos morales, políticos o psicológicos sino por un problema de formato tecno-cognitivo, por una verdadera intraducibilidad de los sistemas de referencia interpretativos.

Con el concepto de generación no identificamos ya un fenómeno biológico sino un fenómeno tecnológico y cognitivo. Una generación es un horizonte común de posibilidades cognoscitivas y experienciales. La transformación del ambiente tecno-cognitivo redefine continuamente las formas de la identidad.

Por eso las nuevas formas de conciencia social se modelan a partir de la pertenencia generacional.

Comenzamos a ver hoy los efectos que la mutación tecno-cognitiva produjo sobre dos generaciones sucesivas: la videoelectrónica y la celular-conectiva.

La primera nace a fines de los años 70 cuando en el ambiente de la vida cotidiana se difunden los aparatos televisivos, conquistando un lugar central en la atención colectiva.

Marshall McLuhan habla sobre esto en su fundamental ensayo de 1964, *Understanding media*,³ en el que estudia el pasaje de la esfera alfabética a la esfera videoelectrónica y concluye con una preciosa intuición: cuando a lo secuencial le sigue lo simultáneo, las capacidades de elaboración crítica son remplazadas por capacidades de elaboración mitológica. La facultad crítica presupone una estructuración particular del mensaje: la secuencialidad de la escritura, la lentitud de la lectura, la posibilidad de juzgar en secuencias el carácter de verdad y de falsedad de los enunciados. En esas condiciones era posible la discriminación crítica que caracterizó las formas culturales de la modernidad. Pero en la esfera de la comunicación videoelectrónica la crítica ha sido progresivamente sustituida por una forma de pensamiento mitológico, y la capacidad de discriminar entre la verdad o falsedad de los enunciados se ha vuelto imposible e irrelevante.

Este pasaje se constata en la tecno-mediosfera que se desarrolla en las décadas de los 60 y 70. La generación que nace hacia fines de los años 70 comienza a manifestar los primeros signos de una impermeabilidad a los valores de la política y de la crítica que habían sido fundamentales para las generaciones anteriores. No se puede hablar, en rigor, de rechazo a la política sino más bien de una incompatibilidad cognitiva con la temporalidad histórica y, por consiguiente, con la imaginación ideológica de tipo progresista.

Con todo, a partir de los años 90 se verifica incluso una mutación mucho más radical a partir de la difusión de las tecnologías digitales y la conformación de la red global. Los modos de funcionamiento de la mente humana se remodelan, ahora, según dispositivos técnico-cognitivos de tipo reticulares, celulares y conectivos.

3. McLuhan, Marshall, *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*, Paidós, Buenos Aires, 1996.

Con la difusión capilar de terminales que vuelven posible la conexión con la infósfera, el flujo de estímulos nerviosos que envuelve al organismo consciente de los niños se intensifica hasta estallar, y el tiempo de atención disponible es saturado. En la época celular-conectiva la mente infantil se forma en un ambiente mediático totalmente diferente respecto al de la humanidad moderna, y experimenta el tiempo según una modalidad fragmentaria y recombinante. Ya no contamos con flujos de tiempo continuo, sino con cápsulas de tiempo-atención. Conexiones puntuales, ámbitos operativos separados. La percepción de sí se transforma: el individuo vive su tiempo como un conjunto de células recombinantes.

El proceso de socialización se remodela sobre el plano cognitivo, perceptivo, psíquico.

La conjunción entre cuerpos físicos ásperos, polvorientos, estriados e imprevisibles es rápidamente sustituida por un régimen de conexión entre segmentos compatibles, lisos, depilados, abstractos. Recombinantes, modulares, predecibles.

El individuo se percibe como un conjunto de fragmentos tempoinformacionales disponibles para entrar en conexión.

¿Cómo se mueven los treceañeros de los que habla el film de Catherine Hardwicke (*Thirteen*, 2003), o las novelitas de Federico Moccia, o los jovencísimos programadores informáticos de Ipod de Douglas Coupland? ¿Qué es lo que regula sus interacciones? ¿Cuáles son los procesos de reconocimiento recíproco, de identificación y de proyección compartida? Una regla inconsciente parece operar en el corazón de la relación. Un reflejo inconsciente de regulaciones parece constituirse como concatenación colectiva a-significante. El movimiento en el espacio y el contacto con el otro tienden a volverse ejecuciones de un programa operativo, antes que percepciones empáticas del mundo circundante.

Los periodistas que se ocupan del problema del comportamiento juvenil hablan de “arrogancia” y usan la metáfora de la “manada” para referirse a las acciones de violencia o de prepotencia con que los grupos de jóvenes parecen moverse de modo conformista, porque todos los participantes fundan su identidad sobre el reconocimiento de pertenencia al grupo.

Pero no usaría la expresión “manada”, que me parece inútilmente moralista. Prefiero pensar en un enjambre más que en una manada, pues nos permite entender la socialización como efecto de un automatismo cognitivo más que como resultado de valores o disvalores de orden moral.

Lo que cambia en el pasaje generacional post-alfabético no son los contenidos, los valores de referencia, las opciones políticas, sino el formato de la mente colectiva, el paradigma técnico de elaboraciones mentales: dos sucesivas configuraciones tecnológicas, primero la videoelectrónica y luego la celular-conectiva, remodelan la infósfera y modifican la mente colectiva.

Este proceso de transformación es, también, un proceso de mutación del organismo consciente.

La mente manifiesta nuevas potencias conectivas, nuevas competencias interactivas, pero el pasaje es atravesado por disturbios, sufrimientos y patologías.

Pánico en contexto

“Era viernes: dentro del subte el ataque ha estallado imprevistamente y alcanza gran intensidad. En un primer momento el corazón latía cada vez más deprisa, un nudo en la garganta, la sensación de sofocamiento y la necesidad de respirar cada vez más profundo. Carla miraba a su alrededor espantada y paralizada. Todo parecía extraño, distorsionado. La presencia de la gente a su alrededor la oprimía. Nadie parecía advertirla: habría podido perder el control, desmayarse, enloquecerse o incluso morir en medio de aquella muchedumbre anónima y hostil. Un ligero sudor le recorría el cuerpo, las piernas le temblaban: no podía más. Faltaban aún muchas estaciones para llegar a destino: verdaderamente no hacía falta, estaría muerta antes de llegar. El tiempo le parecía detenido. Toda la escena quedaba registrada en el cerebro: se sentía aprisionada

*y debía escapar. La primera estación a la que llegó, casi sin saber dónde estaba, fue su salida”.*⁴

Así Francesco Rovetto describe un caso clásico de ataque de pánico. En las páginas siguientes analiza con mucha sutileza y precisión la formación de una predisposición al DAP (*Disturbio por ataques de pánico*).

“El recuerdo de aquellos minutos pasado en el subte quedaron registrados como un video en su mente. Se volvía a ver bloqueada en medio de la muchedumbre, bajo tierra, sin posibilidad de fuga. Los recuerdos eran tan fuertes e intensos que el solo pensar en volver a una situación similar le provocaba un miedo que seguramente desencadenaría el pánico. Este proceso de ‘miedo al miedo’ le ha limitado la libertad de movimiento y de pensamiento”.

Luego Rovetto reconstruye la historia familiar de Carla, la soledad y la frustración debido a las frecuentes ausencias del padre y la madre motivadas por los continuos compromisos de trabajo. Más adelante menciona la crisis de asma del hermanito y la decisión de los padres de estar a su lado y de mandar a Carla a casa de una tía por quince días. El sentimiento de abandono surge de esa separación. En esta historia familiar Rovetto encuentra la causa de una patología ansiosa que la lleva al primer ataque de pánico y muestra cómo el miedo a que se repitiera aquella crisis espantosa había terminado por crear las condiciones para sucesivas recaídas y para una generalizada predisposición al DAP. En síntesis, Rovetto atribuye esta patología, que parece difundirse cada vez más ampliamente en los últimos decenios, a un complejo de factores ligados a la ansiedad de origen familiar, complejizados y reforzados por la interiorización del miedo. Está bien, pero, ¿es suficiente?

Un fenómeno como el de los ataques de pánico no puede ser explicado solamente en términos psicopatológicos. Entendámonos: no hay dudas sobre los contenidos psíquicos de la ansiedad de Carla, ni sobre

4. Rovetto, Francesco y otros, *Panico: Origini dinamiche terapie*, McGraw Hill, 2003, págs. 2 y 3.

que las dinámicas mentales e incluso las orgánicas (el implicamiento de las amígdalas) están bien reconstruidas; pero a la explicación del psiquiatra le falta una referencia al contexto desencadenante. En cuatro páginas de análisis del caso de Carla, Rovetto dedica solamente dos frases a la actividad que ella desarrolla durante el período en el que sobreviene el primer ataque. Y estas frases son casi casuales:

“El ansiolítico reducía su capacidad de concentrarse en la realización de las prácticas que le confiaba el arquitecto con el que estaba desarrollando su aprendizaje”.⁵

Podemos deducir que Carla trabajó como pasante, como practicante (precaria, bajo examen) con un arquitecto. Desarrolló probablemente trabajos de alto contenido cognitivo, mental, empeñando constantemente las facultades de concentración, de imaginación, de memorización.

Además, Rovetto explica que Carla había tenido que enfrentar una situación psicológicamente difícil después de recibirse:

“Su vida no preveía más que cinco o seis exámenes al año de contenido bien cierto y definido. De ahora en adelante debía continuar en direcciones imprecisas e incluso volverse una máquina de trabajo como sus padres”.⁶

¿No es acaso éste el paisaje contemporáneo dentro del cual las experiencias afectivas pasadas se redefinen y asumen una tonalidad ansiosa, hasta provocar la explosión de un ataque de pánico? Mi tesis es que no podemos hablar de psicopatología sin considerar las condiciones sociales, las modalidades de la prestación laboral, las relaciones de competencia y sobre todo las formas de comunicación dentro de las que el cuadro psíquico se constituye.

La dimensión social es inseparable del análisis de las psicopatías contemporáneas porque ella actúa directamente sobre las formas de comunicación y sobre la exposición al flujo informativo. El pánico, por

5. *Ibidem*, pág. 2.

6. *Ibidem*, pág. 4

ejemplo, es una patología en aumento sobre todo entre las mujeres de las jóvenes generaciones que en los últimos años están implicadas, cada vez con más frecuencia, en condiciones de precariedad y de exasperada competitividad, dentro de los ciclos del trabajo cognitivo. Lo que quiero indicar aquí no es sólo una correlación entre condiciones laborales y surgimiento de manifestaciones psicopatológicas, sino sobre todo una correlación entre la exposición al flujo info-nervioso y la patología.

La creatividad es transformada en trabajo. Aumento de la productividad significa, por lo tanto, aceleración del ciclo info-nervioso.

La sociedad industrial construía máquinas de represión de la corporeidad y del deseo. La sociedad post-industrial funda su dinámica sobre la movilización constante del deseo. La libido ha sido puesta a trabajar.

Trabajo y deseo

En su libro más conocido Pierre Levy propone la noción de inteligencia colectiva. Pero la existencia social de los trabajadores cognitivos no se agota en la inteligencia: los cognitarios son también cuerpo, esto es, nervios que se tensan en el esfuerzo de atención constante, ojos que se fatigan en su estar fijos sobre una pantalla. La inteligencia colectiva no reduce ni resuelve la existencia social de los cuerpos que producen esta inteligencia.

¿Qué significa trabajar hoy? Tendencialmente el trabajo tiene una característica física uniforme: nos sentamos delante de una pantalla y movemos los dedos sobre un teclado, digitamos. Pero, al mismo tiempo, el trabajo es mucho más diferenciado cuando consideramos los contenidos que elabora. El arquitecto, el agente de viajes, el programador y el abogado realizan los mismos gestos físicos, pero no podrían de ninguna manera intercambiar sus trabajos porque cada uno de ellos desarrolla una tarea específica, local e intraducible para quien no está familiarizado con ese contenido complejo de conocimiento.

El trabajo industrial mecánico se caracterizaba por su sustancial intercambiabilidad y por su despersonalización. En consecuencia, era percibido como algo ajeno, un deber que se desarrolla sólo porque

a cambio se obtiene un salario. El trabajo asalariado en relación de dependencia era pura prestación de tiempo.

Las tecnologías digitales abren una perspectiva completamente nueva para el trabajo. En primer lugar, cambia la relación entre la concepción y la ejecución, al mismo tiempo que varía la relación entre contenido intelectual del trabajo y ejecución manual. El trabajo manual tiende a ser desarrollado por maquinarias manejadas automáticamente, mientras que el trabajo innovador (que produce más valor) es el trabajo cognitivo. La materia a transformar es simulada por secuencias digitales. El contenido del trabajo se mentaliza, pero al mismo tiempo los límites del trabajo productivo se vuelven inciertos. La misma noción de productividad se vuelve imprecisa: la relación entre tiempo y cantidad de valor producido se torna difícil de establecer, porque no todas las horas de un trabajador cognitivo son iguales en términos de productividad.

La noción marxiana de trabajo abstracto se redefine. ¿Que quiere decir “trabajo abstracto” en el lenguaje de Marx? Significa erogación de tiempo que produce valor sin considerar su cualidad, sin relación con la utilidad específica y concreta de los objetos que introduce en el mundo. El trabajo industrial tendía hacia la abstracción porque su utilidad concreta era totalmente irrelevante respecto de la función de valorización económica.

¿Podríamos decir que esta abstracción progresiva continúa operando hoy en la era de la info-producción? En cierto sentido sí; es más, podríamos decir que esta tendencia es llevada hasta su máxima potencia, porque desaparece todo residuo de materialidad y de concreción de las operaciones laborales, y sólo permanecen las abstracciones simbólicas, los *bit*, los dígitos, las diferencias de información, sobre los que se ejercita la actividad productiva. Bien podríamos decir que la digitalización del proceso de trabajo volvió a todos los trabajos iguales desde el punto de vista físico y ergonómico. Todos hacemos lo mismo: nos sentamos delante de una pantalla y tecleamos, mientras las máquinas automáticas convierten nuestra actividad en un programa televisivo, una operación quirúrgica o bien en un automóvil.

Desde el punto de vista físico no hay diferencias entre un agente de viaje, un empleado de una petroquímica y un escritor de novelas policiales.

Pero, al mismo tiempo, el trabajo se vuelve parte de una actividad mental que elabora signos llenos de saber. Se vuelve muy específico y más especializado: el abogado y el arquitecto, el técnico informático y el cajero de un supermercado están frente a la misma pantalla y aprietan las mismas teclas, pero uno no podría jamás ocupar el puesto del otro porque el contenido de su trabajo es irreductiblemente distinto y no traducible.

Un obrero químico y uno metalúrgico hacen trabajos totalmente distintos desde el punto de vista físico, pero un metalúrgico necesita de unos pocos días para adquirir el conocimiento operativo del trabajo del químico y viceversa. Cuanto más el trabajo industrial se simplifica, tanto más intercambiable se vuelve. Delante de la computadora y conectado a la máquina universal de elaboración y de comunicación las terminales humanas realizan los mismos movimientos corporales, pero cuanto más el trabajo se simplifica desde el punto de vista físico tanto menos intercambiables son los conocimientos, las capacidades y las prestaciones.

El trabajo digitalizado manipula signos absolutamente abstractos, pero su funcionamiento recombinante es cada vez más específico, cada vez más personalizado y por lo tanto cada vez menos intercambiable. Por eso los empleados *high tech* (que crean o utilizan alta tecnología) tienden a considerar al trabajo como la parte más esencial de su vida, la más singular y personalizada.

Exactamente lo contrario de lo que le sucedía al obrero industrial, para quien las ocho horas de prestación asalariada eran una especie de muerte temporaria de la que se despertaba sólo cuando sonaba la sirena del fin de la jornada.

Esto vuelve al trabajador cognitivo enormemente más frágil. El semiocapital ha puesto el alma a trabajar.

Empresa y deseo

Sólo dando cuenta de este fenómeno podemos explicar por qué en las últimas dos décadas la desafección y el ausentismo se volvieron

fenómenos totalmente marginales. El tiempo del trabajo medio ha aumentado de manera impresionante en los últimos veinte años.

En promedio, la totalidad de los trabajadores prestaron 148 horas más en el año 1996 de lo que habían trabajado sus colegas en 1973. El porcentaje de personas que trabajan más de 49 horas a la semana ha aumentado el 13% en 1976 y casi el 19% en 1998. En lo que respecta a los *managers* el porcentaje sube de 40% a 45%. (Datos del United State Bureau of Labor Statistics).

¿Cómo se explica la conversión de los trabajadores de la desafección a la adhesión? No hay dudas de la influencia de la lucha política que la clase obrera llevó adelante inmediatamente después de los años setenta a causa de la reestructuración tecnológica, de la desocupación que le siguió y de la represión violenta contra su vanguardia: pero estas explicaciones no bastan. Para comprender a fondo los cambios psicosociales del trabajo es necesario tener en cuenta una mutación cultural decisiva, que se vincula con el desplazamiento del centro de gravedad de la esfera del trabajo obrero al trabajo cognitivo.

A diferencia del obrero industrial, el trabajador cognitivo considera el trabajo como la parte más importante de su vida y no se opone, por lo mismo, al prolongamiento de la jornada laboral. Es más, tiende a prolongar el tiempo de trabajo por propia decisión y voluntad. Esto sucede por diversas razones. En las últimas décadas la comunidad social urbana perdió progresivamente interés y quedó reducida a un envoltorio muerto de relaciones sin humanidad y sin placer. La sensualidad y la convivencia han sido progresivamente transformadas en mecanismos estandarizados, homologados y mercantilizados, y el placer singular del cuerpo fue sustituido por la necesidad ansiógena de identidad. La calidad de la existencia resultó deteriorada desde el punto de la vista de lo afectivo y de lo psíquico a consecuencia del enrarecimiento del vínculo comunitario y de su esterilización securitaria, como muestra Mike Davis en libros como *City of Quartz*⁷ o *Echology of Fear* (Vintage, Nueva York).

Parece que en las relaciones humanas, en la vida cotidiana y en la

7. Davis, Mike, *Ciudad de Cuarzo. Arqueología del futuro en los Ángeles*, Lengua de Trapo, Madrid, 2003.

comunicación afectiva se encontrase menos placer y cada vez menos garantías. Una consecuencia de esta des-erotización de la vida cotidiana es la inversión de deseo en el trabajo, entendido como único lugar de confirmación narcisista para una individualidad habituada a concebir al otro según las reglas de la competencia, esto es, como un peligro, un empobrecimiento, una limitación más que como una experiencia placentera y enriquecedora.

El efecto que se produjo en la vida cotidiana durante las últimas décadas es el de una des-solidarización generalizada. El imperativo de la competencia se volvió dominante en el trabajo, en la comunicación, en la cultura, a través de una sistemática transformación del otro en un competidor e incluso en un enemigo. Una máquina de guerra se esconde en todo nicho de la vida cotidiana.

No obstante, es también decisivo el drástico empeoramiento de las condiciones de protección social provocados por los veinte años de desregulación y de desmantelamiento de las estructuras públicas de asistencia.

Cuanto más tiempo dedicamos a la adquisición de medios para poder consumir, tanto menos nos queda para poder disfrutar del mundo disponible. Cuanto más invertimos nuestras energías nerviosas en la adquisición de dinero, tanto menos podemos invertir en el goce. Es en relación a este problema, completamente ignorado por el discurso económico, que se juega la cuestión de la felicidad y de la infelicidad en la sociedad hiper-capitalista.

Para tener más poder económico (más dinero, más crédito) es necesario prestar cada vez más tiempo al trabajo socialmente homologado. Pero esto supone reducir el tiempo de goce, de experimentación, de vida.

La riqueza entendida como goce disminuye proporcionalmente al aumento de la riqueza como valor económico, por la simple razón de que el tiempo mental está destinado a acumular más que a gozar.

Por otra parte, la riqueza entendida como acumulación económica aumenta cuando se reduce el placer dispersivo del goce. Y las dos perspectivas se resuelven en un mismo efecto: la expansión de la esfera económica coincide con una reducción de la esfera erótica.

Cuando las cosas, los cuerpos, los signos comienzan a formar parte del modelo semiótico de la economía, la riqueza puede realizarse tan solo de manera indirecta, refleja, aplazada. La riqueza, entonces, ya no es el goce temporal de las cosas, de los cuerpos, de los signos, sino producción acelerada de falta y de ansiedad.

Traducción: Diego Picotto

Corrección: Emilio Sadier

Trabajo sin persona

En febrero de 2003 el periodista norteamericano Bob Herbert publicó en *The New York Times* los resultados de una investigación sobre una muestra de un centenar de jóvenes desocupados de Chicago: ninguno de sus entrevistados esperaba encontrar trabajo en los próximos años, ninguno de ellos esperaba poder rebelarse, o poder lograr un gran cambio colectivo. La sensación generalizada de los entrevistados era un sentimiento de impotencia profunda.

Este sentimiento no se expresaba en formas políticas, sino que parecía hacer referencia a una esfera más profunda del ser colectivo: un verdadero disturbio de las relaciones sociales, una suerte de creciente incompetencia para la socialización, para el contacto con el otro. En la percepción de la primera generación videoelectrónica la soledad aparece, en principio, como una dificultad para abrirse al otro, para sentir al otro, pero, luego, se transforma en una frustrante incapacidad para construir formas colectivas capaces de durar en el tiempo.

En cada investigación sobre la condición juvenil, la soledad es denunciada como condición dolorosa, pero, al mismo tiempo, parece perdurar la competencia al socializarse. Esta generación no aprendió

a vivir en proximidad del cuerpo del otro desde los primeros días de su vida. Niños cerrados en casas-jaula, porque la metrópolis no permite el encuentro con los otros, porque el ambiente urbano es peligroso, porque los padres están ocupados y deben dejar a los chicos en ambientes seguros. La máquina que habla y que muestra imágenes tomó el lugar del cuerpo del otro.

La fragmentación del tiempo presente se transforma en la implosión del futuro.

“No tenemos futuro porque nuestro presente es demasiado volátil. Sólo tenemos la administración del riesgo. La trama conformada por las posibilidades de cada momento. El reconocimiento de pautas”.

La mutación conectiva se manifiesta de modo particular en las formas de la socialización laboral. El proceso de trabajo social es alimentado por la red digital y ésta funciona como un superorganismo capaz de subsumir y fluidificar fragmentos de tiempo humano abstracto, uniformado, recombinante. La noción marxiana de “trabajo abstracto” definía un proceso de separación del acto de trabajo de su específica utilidad concreta y, por ello, de una forma particular de habilidad: en el proceso de abstracción, la distribución del trabajo pierde cada vez más sus características individuales, específicas y concretas. En la esfera de la producción industrial, el tiempo humano es transformado en tiempo abstracto por el acto de subsunción productiva, pero esto no modifica, para el obrero, la percepción psíquica del tiempo.

En el pasaje del sistema de máquinas tradicionales al sistema de la red, el proceso de abstracción involucra la naturaleza misma del tiempo humano, modifica su percepción subjetiva. El capital no tiene más necesidad de hacerse cargo de un ser humano para poder sustraerle el tiempo objetivo del que la persona dispone. Puede apoderarse de fragmentos separados de su tiempo para recombinarlos en una esfera separada de la que corresponde a la vida individual del trabajador. Se produce, así, una verdadera escisión entre percepción subjetiva del tiempo que fluye y recombinación objetiva del tiempo en la producción de valor.

Para el capital ya no es más necesario usufructuar el tiempo completo de la vida de un obrero: sólo necesita fragmentos aislados de tiempo, instantes de atención y de operatividad. El trabajo necesario para hacer funcionar la red no es trabajo concentrado en una persona. Es una constelación de instantes aislados en el espacio y fraccionados en el tiempo, recombinados por la red, máquina fluida. Para poder ser incorporados por la red, los fragmentos de tiempo laboral deben volverse compatibles, reducidos a un único formato que vuelva posible una general interoperatividad.

En los años 70, la recesión económica y la sustitución de trabajo por máquinas de control numérico provocaron la formación de una vasta área de “no garantizados”. Desde entonces, la cuestión de la precariedad se volvió central. En las décadas siguientes, lo que aparecía como una condición marginal y temporaria se transformó en la forma predominante de las relaciones de trabajo. La precariedad no es más una característica marginal y provisoria, sino la forma general de la relación de trabajo en una esfera productiva digitalizada, reticular y recombinante. Con la palabra *precarizado* se entiende comúnmente el área del trabajo en la que no son (más) definibles reglas fijas relativas a la relación de trabajo, al salario, a la duración de la jornada laboral. Lo esencial no es la precarización de la relación jurídica del trabajo, sino la disolución de la persona como agente de la acción productiva y la fragmentación del tiempo vivido.

El ciberespacio de la producción global es una inmensa extensión de tiempo humano despersonalizado, celularizado y recombinable. En la producción industrial, el tiempo de trabajo abstracto era personificado por un portador físico y jurídico, incorporado en un trabajador de carne y hueso, con una identidad registrada y política. En la esfera del info-trabajo no hay más necesidad de comprar una persona, ocho horas al día todos los días. El capital no recluta más personas, sino que compra paquetes de tiempo, separados de su portador ocasional e intercambiable. El tiempo despersonalizado se vuelve el verdadero agente del proceso de valorización, y el tiempo despersonalizado no tiene derechos, no puede reivindicar nada.

La extensión del tiempo es minuciosamente celularizada: células de

tiempo productivo pueden ser movilizadas en forma puntual, casual, fragmentaria, y la recombinación de estos fragmentos es automáticamente realizada por la red. El teléfono celular es el instrumento que vuelve posible el encuentro entre las exigencias del semiocapital y la movilización del trabajo vivo ciber-espacializado. El *ringtone* del celular llama al trabajador a reconectar su tiempo abstracto al flujo reticular.

El capital quiere tener absoluta libertad de moverse por cada lugar del mundo para encontrar el fragmento de tiempo humano en disposición de ser explotado por el salario más miserable. A tal fin, pone en movimiento una búsqueda continua, puntual, fragmentaria, fractalizada, celularizada. Va a la búsqueda del fragmento de trabajo que pueda ser explotado al costo más bajo, lo captura, lo usa y lo tira. El tiempo de trabajo es fractalizado, es decir, reducido a fragmentos mínimos recomponibles, y la fractalización vuelve posible, para el capital, una constante búsqueda de las condiciones de mínimo salario. La persona del trabajador es jurídicamente libre, pero su tiempo es esclavo. Su tiempo no les pertenece, porque está a disposición del ciberespacio productivo recombinante. Esclavismo celular.

Tiempo de trabajo celularizado

El contexto dentro del cual debemos ver las transformaciones del trabajo es el proceso de formación del superorganismo bioinformático. Las políticas económicas neoliberales son, después de todo, sólo su epifenómeno. El neoliberalismo no es la causa de la transformación que en las últimas dos décadas del siglo XX ha desquiciado las formas de trabajo y abatido las defensas sindicales y políticas conquistadas en un siglo y medio de historia del movimiento obrero; es sólo la legitimación ideológica y la implementación político-militar de un proceso que se desarrolla en los intersticios de la infraestructura técnica digital y en las profundidades del psiquismo colectivo.

El superorganismo bioinformático tiende a introyectar técnicamente y a subsumir el sistema nervioso colectivo transformándolo

en su apéndice o, más bien, en un servomecanismo dirigido por los automatismos técnicos de la red global.

Pensemos qué era el trabajo en la época industrial. El trabajador era una persona jurídica, un individuo, un cuerpo que prestaba su tiempo (ocho, nueve, diez horas cotidianas) al capital para que éste pudiera extraerle todo el valor posible. Pero en esas condiciones la persona era portadora de derechos políticos y sindicales, y el cuerpo físico estaba movido por pulsiones, por instintos, deseos, debilidades. En una lucha-negociación ininterrumpida, el capital y el trabajo acordaban y establecían reglas. Se reconocían derechos, se establecían modalidades de relaciones jurídicas y sindicales. El cuerpo físico del trabajador tenía derecho al descanso, a la asistencia, a la salud, a la jubilación.

Cuando el proceso de producción se transforma en red digital, cuando el acto productivo se vuelve distribución de átomos de info-trabajo homologados según un principio de modularidad y de recombinación, en ese punto no existe ya ninguna necesidad de la persona jurídica del trabajador ni de su cuerpo físico. En la red global ya no hay más personas que prestan tiempo-trabajo, sino un mosaico infinito de fragmentos recombinables y celularizados. Un verdadero *brain-sprawl*, una extensión ilimitada de actividad nerviosa a la espera de ser movilizadas celularmente y provisoriamente asalariadas. El proceso productivo global se nos muestra tendencialmente como un océano de fractales recombinantes celularizados. La persona no es más que el residuo irrelevante, intercambiable, precario del proceso de producción de valor. En consecuencia, no puede reivindicar derecho alguno ni puede identificarse como singularidad. Por ello, deberíamos hablar de “esclavismo celular”.

Para que el proceso de trabajo pueda ser absorbido dentro de la esfera de la evolución conectiva es necesario que depure sus residuales mecánicas de manipulaciones materiales, para volverse pura y simple recombinación de información, consumo recombinante de energía nerviosa. El átomo de tiempo del que hablaba Marx es el verdadero elemento base de la producción de valor. Pero en la esfera industrial mecánica, el átomo de tiempo era sucio, recubierto por las impurezas de la materia trabajada y de la materia orgánica de la que estaba constituido el cuerpo físico, mortal, deteriorable y reactivo del

trabajador. La mentalización del trabajo abre, en cambio, la posibilidad de eliminar toda impureza, toda escoria de materialidad, de diferencia, de imperfección.

La cadena de montaje de la fábrica taylorista del siglo XX presuponía una serie de instancias de disciplinamiento del trabajo vivo: el análisis de los movimientos, su simplificación y sincronización.

El proceso de abstracción del trabajo, durante el cual el gesto laboral pierde toda referencia a su función concreta, a su especificidad de saber y de socialidad, se desarrolla históricamente a través de estos procesos de disciplinamiento técnico del cuerpo al trabajo. No obstante, en la esfera industrial era necesario mantener la integridad de un cuerpo en el tiempo y la identidad política de una persona en la esfera jurídica.

La digitalización representa un salto de calidad en el proceso de simplificación, estandarización y sincronización de la gestualidad productiva en el momento en que ésta se vuelve pura y simple recombinación de diferencias binarias. La informatización digital vuelve posible la fluidez del proceso extendido de recombinación a-subjetiva de informaciones que no tienen la función de significar el mundo o de representarlo, sino que tiene la función de generarlo en cuanto mundo de síntesis: la red.

Para que la red pueda funcionar es necesario volver compatibles entre sí los signos y gestos productivos que entran en conexión. Para que puedan entrar en conexión agentes semióticos, deben estar depurados de toda sedimentación de carnalidad, de singularidad lingüística. Para poder ser puesto en red, el tiempo de la mente debe ser depurado de sus características de singularidad, compatibilizado con el tiempo de todas las otras mentes conectadas y, por lo tanto, formateado según un código de traducción universal. Por esto creo que puede ser legítimo hablar de una suerte de *reformato* de la actividad mental como efecto de la última mutación psíquica, cognitiva y tecnológica de la época contemporánea.

El proceso de compatibilización y de reformato de la actividad mental tiene aspectos técnico-digitales (programación de los circuitos, estandarización de los protocolos de comunicación y de intercambio), pero tiene también aspectos psico-cognitivos. Los lugares

en los que se desarrolla el formateo psico-cognitivo son múltiples: la comunicación, la ingeniería de la imaginación (*imageneering*), la psicofarmacología y el proceso de formación.

La escuela y la universidad están cada vez menos orientadas a la formación de personas libres y cada vez más encaminadas a la producción de terminales humanos compatibles con el circuito productivo. El objetivo cada vez más explícito de la formación es el de volver a los seres humanos dependientes del proceso de producción de valor: la fluida interacción con la máquina productiva requiere una destitución de las asperezas (diferencias culturales, históricas, estéticas).

No obstante, tan importante como el proceso de reformateo es el ciclo farmacológico. La mutación implica patologías, sufrimientos, disturbios de la comunicación y pobreza de la existencia. El sistema nervioso es sometido a un estrés sin precedentes, y esto provoca patologías de la atención, de la imaginación, de la memoria y de las emociones, que tienden a asumir un carácter epidémico. La psicofarmacología interviene para reestablecer la fluidez del ciclo productivo y comunicativo cuando ésta es puesta en peligro por el descarrilamiento psicopático. Pero, naturalmente, la psicofarmacología no puede curar las causas del sufrimiento del trabajador cognitivo, incluso si puede movilizar sus energías psíquicas.

Durante el proceso de construcción de la red digital, el trabajador cognitivo es inducido a considerarse empresario de sí mismo, para que pueda correr a lo largo de los intransitables senderos de la imprevisibilidad existencial sin perder nunca la convicción de estar sobre la ola. El boom de la *new economy* a mediados de los años '90 y la puntocom manía, que se difundieron en aquellos años de alianza entre el trabajo cognitivo y el capital financiero, fueron indisociables de la *prozac economy*. La benzodiazepina sostuvo el esfuerzo de millones de trabajadores precarios en su camino hacia el éxito empresarial. Y el puntocom crasch que golpeó al sistema productivo global al inicio del nuevo milenio no se puede disociar del colapso psíquico que en ese momento golpeó al organismo colectivo en estado de electrocución permanente: *prozac-crash*.

Capitalismo conectivo

Desde que la producción capitalista comenzó a desarrollarse por fuera de la forma industrial, su funcionamiento se fue progresivamente desplazando hacia la explotación intensiva del trabajo cognitivo, la conexión ha comenzado a difundirse hasta invadir todos los segmentos de la producción social y de vida cotidiana misma.

Gracias a la conectividad generalizada, el capitalismo puede volver fluido el proceso fractal de explotación del trabajo cognitivo. Para poder transformar la vida consciente en un flujo de info-trabajo, la producción capitalista tiene necesidad de volver compatible actividad cognitiva y creatividad con las modalidades y con los tiempos de elaboración de la red digital.

Éste es el proceso de formación del semiocapitalismo, régimen económico que se alimenta del trabajo mental de un número ilimitado de agentes precarios y fractales, fracciones de tiempo mental en electrocución constante, terminales vivientes de la senso-red que produce valor de cambio.

Para poder funcionar dentro de la red del info-trabajo, la actividad mental de los agentes humanos debe volverse compatible con el sistema, y esto implica un pasaje de la esfera de la conjunción a la esfera de la conexión sobre el plano nervioso, sobre el plano psíquico, sobre el plano estético, sobre el plano existencial.

Por esto podríamos hablar de semiocapitalismo como una forma de capitalismo conectivo. Aunque la producción semiótica tienda a volverse la forma predominante de producción de valor, esta tendencia está destinada a no concluir nunca definitivamente, y la compatibilización conectiva (es decir, la forma digital de la subsunción de la fuerza de trabajo por parte del capital) se revela como un proceso *asintótico* de colonización de la sensibilidad.

La noción de *asíntota* se refiere a la definición matemática de una curva que se acerca indefinidamente a la línea horizontal sin llegar nunca a alcanzarla.

La ideología neoliberal, lejos de ser un simple retorno del liberalismo capitalista decimonónico, es una política de sumisión de cada segmento

de la vida social y de la actividad intelectual al paradigma conectivo. Pero esta sumisión no se realiza jamás definitivamente, y procede asintóticamente como una suerte de incesante avance del paradigma conectivo, cuyo efecto es la desertificación de la vida y de la creatividad.

Desde que Margaret Thatcher lanzó su campaña de privatización de todas las funciones sociales y de aceleración de los ritmos de producción de la ganancia, el programa neoliberal fue continuamente relanzado, fue continuamente repropuesta la eliminación de cada espacio de vida social y la privatización de cada fragmento de actividad. Año tras año, los economistas y los políticos de cuño neoliberal se vuelven a presentar a la sociedad promoviendo una nueva campaña de esterilización de lo no económico, de lo gratuito, de lo vital, en nombre del principio económico, en nombre del incremento de productividad del trabajo, en nombre del aumento de la competitividad.

La afectividad social, las redes de amistad y de intercambio gratuito tienden a retirarse a espacios cada vez más marginales, a la búsqueda de líneas de fuga hacia territorios de refugio cada vez más restringidos.

La compatibilización digital y la desertificación conectiva proceden a través de la inserción de automatismos lógicos en la carne y en el cerebro de la sociedad.

El dogma y la cadena de automatismos

Hablamos de automatismo cada vez que la sucesión de dos estados del ser (del lenguaje, de la sociedad, de la acción) aparecen como una cadena ineludible, como una implicación de tipo lógico, como una sucesión lógicamente determinada.

En la historia política de nuestro tiempo la sensación de encontrarnos presos en una cadena de automatismos emerge de modo cada vez más fuerte. Cada vez con mayor frecuencia tenemos la impresión de que la decisión política no cuenta para nada, si no se limita a registrar y reproducir fielmente las líneas estabilizadas de la cadena de automatismos incorporados en la máquina social.

En la pasada época moderna, la decisión política parecía poder

modificar el curso de los sucesos sociales, abrir nuevas perspectivas, interrumpir y dar vuelta las condiciones existentes. Hoy la experiencia nos enseña que esta potencia de la política se ha disuelto. Que existan fuerzas políticas de izquierda o de derecha en el gobierno cambia bien poco en la actividad legislativa, en la gestión del trabajo y de la economía. Como una ley superior a la voluntad humana se impone la ley económica, la abstracta dinámica del crecimiento indispensable, el deber absoluto de la competición: el Dogma al que se someten aquellos que quieren obtener algún éxito político, el Dogma frente al cual se arrodillan las coaliciones de derecha, de centro y de izquierda.

El dogmatismo económico dominante en la época presente no es, sin embargo, solamente un efecto del conformismo. El conformismo de los políticos es parte integrante de esto, pero no es el elemento esencial. El elemento esencial está profundamente inscripto en la arquitectura de los automatismos tecnológicos, financieros, económicos, psíquicos que estructuran de manera ineludible el comportamiento de los agentes humanos.

La formación del espacio productivo del saber se articula en estrecha relación con la construcción de la tecnósfera digital de red. La dinámica de la red muestra una fundamental duplicidad: por un lado, su expansión requiere un potenciamiento de los agentes sociales del saber. Pero, por el otro, y al mismo tiempo, somete la transmisión de saber a automatismos tecno-lingüísticos modelados según el paradigma de la competición económica.

Todo agente de sentido, si quiere volverse productivo, operativo, debe ser compatible con el formato que regula los intercambios y vuelve posible la inter-operabilidad generalizada en el sistema.

La dinámica de expansión de la red implica, pues, un efecto de compatibilización de los agentes de sentido, que se manifiesta como reducción al formato de la competitividad económica.

En un sistema de intercambio de información, el formato actúa como un factor absolutamente decisivo, selectivo, marginante. Si se intenta enviar señales según un formato distinto al usado para programar la red, dichas señales se volverán ilegibles, incomprensibles, ineficaces.

La potencia de Internet se ha revelado muy rápidamente como po-

tencia de un sistema de despersonalización, anulación de las marcas de singularidad. El sistema mediático ha creado las condiciones para la reproducción ampliada de un saber sin pensamiento, de un saber puramente funcional, operacional, desprovisto de cualquier dispositivo de auto-dirección.

Por esta vía se cancelan las premisas humanistas implícitas en la historia moderna. La revolución humanista y científica se basaba en la autonomía del saber humano de todo principio trascendente.

En el texto *Oratio de digitate homini*, Pico della Mirandola ubica en la autonomía de la voluntad de la omnisciencia divina el rasgo distintivo de la esfera humana. La polémica entre Erasmo y Lutero instituye el espacio moderno como espacio de la libertad política, precisamente gracias a la sustracción de la voluntad humana al determinismo de la voluntad de Dios.

Sin embargo, a lo que asistimos en la época de pasaje posmoderno es, precisamente, a la re-teologización del saber. El dogma del crecimiento ha tomado el lugar de Dios y la búsqueda no puede en ningún caso ser autónoma de esa finalidad trascendente e indiscutible que es la persecución del máximo beneficio. Pero esta teologización no se da por fuerza de convicciones ni por fuerza de imposiciones ideológicas o represivas. Se impone con la fuerza misma de los formatos que regulan el acceso al intercambio general.

Separada del cuerpo social, separada del cuerpo emocional, la inteligencia es fragmentada y se vuelve compatible con los códigos de reconocimiento y de acceso a la red del info-trabajo, es decir, al proceso de compatibilización generalizada, cara subjetiva esencial del proceso de digitalización. Con el término “excelencia” el lenguaje empresarial indica precisamente esta compatibilización del sujeto humano con el sistema de automatismos digitales.

Extraña inversión: “excelencia” debería significar, precisamente, estar por encima de la regla y, en cambio, en el *new-speak* del esclavismo liberal pasa a significar la dependencia perfecta del cerebro individual a la red de automatismos digitalizados.

En el régimen de la indeterminación

En el siglo XX el equilibrio del capitalismo industrial se fundaba en el determinismo de la relación entre tiempo de trabajo y valor. Sobre la base objetiva del tiempo de trabajo promedio era posible explicar las oscilaciones de los precios, de los salarios, de los beneficios. Con la introducción de las tecnologías microelectrónicas y la consecuente mentalización del trabajo productivo, las relaciones entre las diversas medidas y las diversas fuerzas productivas han entrado en un régimen de indeterminación.

La *desregulación* lanzada por Margaret Thatcher y por Ronald Reagan a inicios de los años 80 no es la causa de este indeterminismo, sino su registro político. Como lo intuyó Toni Negri sobre finales de los años 70, el neoliberalismo se limita a registrar el fin de la regla del valor y hacer de ello una política económica.

En 1971 la decisión de Richard Nixon de desvincular el dólar del patrón oro y de hacer saltar, de este modo, la regla de la convertibilidad, le otorgó al capitalismo norteamericano un papel de tipo absolutista en la economía global, sustrayéndolo del cuadro constitucional establecido por Bretton Woods en 1944.

Desde aquel momento la economía norteamericana no debe más rendir cuentas a las “leyes de la economía” (suponiendo que algo semejante alguna vez haya existido), para pasar a sostenerse únicamente sobre la fuerza. La deuda norteamericana puede crecer indefinidamente, porque el deudor es militarmente más fuerte que su acreedor. Desde aquel momento, Estados Unidos hace pagar al resto del mundo el fortalecimiento de su máquina bélica y usan esta máquina bélica para amenazar al resto del mundo, obligándolo a pagar. La economía, lejos de ser una ciencia objetiva, se revela desde aquel momento como una técnica de modelación de las relaciones sociales, una empresa de violenta constricción cuya finalidad es imponer reglas arbitrarias a la actividad social: competitividad, máximo beneficio, crecimiento ilimitado.

En su libro a mi parecer más importante (*L'échange symbolique et la mort*, 1976) Jean Baudrillard intuye de manera admirable las líneas generales de la evolución de fin de milenio.

“El principio de realidad ha coincidido con un momento determinado de la ley del valor. Todo el sistema se precipita en la indeterminación, toda la realidad es absorbida por la hiperrealidad del código de la simulación. Es un principio de simulación que ya nos gobierna en lugar del antiguo principio de realidad. Las finalidades han desaparecido: son los modelos los que nos engendran. No hay más ideología, hay solamente simulacros”¹

Con estas palabras Baudrillard anticipa magistralmente la línea evolutiva de los próximos treinta años.

Todo el sistema se precipita en la indeterminación desde el momento en que no está más garantizada la correspondencia entre un signo y un referente, entre una simulación y un acontecimiento, entre el valor y el tiempo de trabajo. La crisis del referente desbarata, al mismo tiempo, las perspectivas de la teoría semiológica y las de la teoría económica. El signo no encuentra más su fundamento en la garantía objetiva de un referente, sino en la arquitectura relacional del contexto. El paradigma referencial se desmorona porque los signos demuestran ser simulaciones sin relación con ningún prototipo, juegos de signos sin fundamento ontológico alguno.

“El capital no es más del orden de la economía política: se sirve de la economía política como modelo de simulación”²

La decisión que sanciona el fin de la convertibilidad del dólar inaugura un régimen de aleatoriedad de los valores fluctuantes. La regla de la convertibilidad es destituida con un acto de voluntad política. Pero su eficacia depende del hecho de que, contemporáneamente, en aquellos años 70 comenzaba a resquebrajarse todo el sistema técnico y organizativo gobernado por el paradigma mecánico.

1. Baudrillard, Jean, *L'échange symbolique et la mort*, Gallimard, París, 1976, pág. 12.

2. *Ibidem*.

“Toda la estrategia del sistema reside en esta hiperrealidad de los valores fluctuantes”.³

¿Cómo se establece el valor dentro del régimen de aleatoriedad de los valores fluctuantes?

El valor se establece con la violencia, con la trampa, con la mentira. La fuerza bruta es legitimada como única fuente eficaz de la ley. El régimen de aleatoriedad de los valores fluctuantes coincide con el dominio del cinismo en el discurso público, en el alma colectiva, en el clima psíquico de la sociedad.

“No podemos pelear contra lo aleatorio a golpes de finalidad, no peleamos contra la dispersión programada y molecular a golpes de toma de conciencia y de superaciones dialécticas”.⁴

Baudrillard ha sido muchas veces objeto de la incompreensión. Muchos lo han acusado de cinismo por el gusto provocativo con el que describe el agotamiento de toda esperanza histórica; no obstante, ello es una mala interpretación. Baudrillard ha sido el primero en intuir, y con una aguda visión, la constitución del dominio del cinismo en la condición posmoderna. Se puso un máscara de frialdad para no correr el riesgo de vestir la máscara de la Nostalgia. Pero, más allá de las distancias filosóficas insondables, se encuentra al lado de Deleuze y Guattari (y de Foucault) en denunciar el origen del cinismo que se estaba formando en los años 70, como *mood* dominante de la era posmoderna, y que tenía su precursores en los seudofilósofos ex-maoístas convertidos al liberalismo.

La precarización

Dentro del régimen de aleatoriedad de los valores fluctuantes, la precariedad se vuelve la forma general de existencia de la sociedad. La

3. Ídem. pág. 13.

4. *Ibidem*.

precarización actúa en las profundidades de la composición social, sobre las formas psíquicas, relacionales, lingüísticas, expresivas de la nueva generación que se asoma al mercado de trabajo.

La precariedad no es un elemento particular de las relaciones productivas, sino el corazón negro del proceso de producción. En la red global circula un flujo continuo de info-trabajo fractalizado y recombinante.

La precariedad es el elemento transformador del ciclo de producción y del conjunto del mercado de trabajo. Nada queda a salvo. El salario de los trabajadores por tiempo indeterminado es golpeado, reducido, extorsionado por efecto de la precarización.

La precarización es el efecto específico de la desterritorialización de todos los factores de la producción. El tiempo de trabajo no es más unitario. El capital puede comprar los fractales de tiempo humano y recombinarlos a través de la red.

El info-trabajo digitalizado puede ser recombinado en un lugar separado de aquel en el que el trabajo es realizado. Desde el punto de vista de la valorización del capital, el flujo es continuo y encuentra su unidad en el objeto producido, pero desde el punto de vista de los trabajadores cognitivos, la prestación de trabajo tiene carácter fragmentario: fractales de tiempo celular disponible a la recombinación productiva: células pulsantes de trabajo se encienden y se apagan en el gran cuadro de control de la producción global.

La distribución de tiempo puede así ser desligada de la persona física y jurídica del trabajador. El tiempo de trabajo social es como un océano de células valorizantes que pueden ser convocadas celularmente y recombinadas por la subjetividad del capital.

El precario no es formalmente dependiente, pero su independencia es aleatoriedad. Su existencia no es en absoluto libre.

En la experiencia de trabajo no existe continuidad alguna: no se va a la misma fábrica todos los días, no se hacen los mismos recorridos, ni se encuentran las mismas personas, como ocurría en la época industrial. Por ello, no es posible sedimentar formas de organización social duraderas.

El control social se ejercita a través de la introyección de obligaciones y a través de la voluntaria pero inevitable sumisión a una cadena

de automatismos. En Estados Unidos quien quiere obtener un diploma universitario debe contraer un préstamo a largo plazo que le permita pagarse la inscripción a los cursos. Y el costo de los estudios es tal que el préstamo se transforma en una cadena de la cual el estudiante no se libera por décadas. Firmando la petición de un préstamo el joven trabajador cognitivo vende su vida al banco y liga su tiempo futuro a una obligación de trabajo. El trabajador se autocontrola para pagar el préstamo de por vida. En la vida de la última generación se han acumulado las condiciones de una nueva forma de esclavitud, pero en los últimos tiempos asistimos, también, a la explosión de luchas organizadas contra el esclavismo aleatorio.

Traducción: Diego Picotto
Corrección: Emilio Sadier